

UNA FUERZA SANADORA

Según informes de Naciones Unidas, la violencia crece en el mundo. El año 2023, la cifra de muertes a causa de la violencia aumentó un 96% con relación al año anterior, los homicidios son cada vez más frecuentes en algunas partes del mundo, y también está aumentando el número de ataques por razón de género. Por otra parte, se han producido avances tecnológicos que se utilizan para fines violentos como bots, drones, retransmisiones en directo como armas, ciberataques, programas secuestradores y hackeo de datos. Al mismo tiempo, los organismos de la cooperación internacional, han visto disminuir su influencia, su autoridad es desconocida y se ven sometidos a presión. Todo esto perjudica la capacidad mundial de prevenir y solucionar los conflictos y la violencia en todas sus formas.

Para nosotras y nosotros, estos no son lejanos datos del mundo. Casi cotidianamente nos toca muy de cerca ser testigos del avance de la violencia en sus diversas formas. Y es muy comprensible que esta situación nos deprima, nos vuelva muy temerosos y deteriore gravemente nuestra esperanza. Por este motivo, es urgente sacudirnos la pasividad que nos convierte en víctimas rendidas, en sociedades inermes, secuestradas por la violencia. Necesitamos reflexionar, encontrar orientación y caminos para actuar.

En el evangelio de este domingo, se recoge la historia de una mujer desalentada, que se acerca a Jesús buscando curación para su mal. Desde hacía 12 años, sufría una hemorragia, que la convertía en una persona impura en su cultura, como sucedía con todas las mujeres, por lo cual debía mantenerse alejada de los suyos, y de todos, para no contaminarlos: no podía cocinar, ni hacer nada para ellos, no los podía abrazar ni tocar. Estaba condenada a la exclusión, la clandestinidad y el ostracismo social a causa de sangrar secretamente, con lo cual, íntimamente, se desangraba emocional y espiritualmente también. En un espacio público, furtivamente, ella se acerca y toca el manto de Jesús, con una fe desesperada, queriendo encontrar remedio para su mal, y al instante queda curada. Sin embargo, Jesús, no quedó ajeno al momento, sintió que “una fuerza salía de él” y quiso saber qué había sucedido. Ante su insistencia, al verse descubierta, la mujer, superando un angustiado temor, confiesa lo sucedido.

El episodio de curación de esta mujer nos muestra que no estamos condenados a abandonarnos al mal, a dejarnos hundir en la hostilidad y la agresividad que nos rodea. En lugar de resignarnos ante el avance de la violencia, estamos invitados por Jesús a hacernos parte de una corriente reparadora, dejando salir de nosotros la energía amorosa que nos hace humanos; a extender, con nuestros gestos y palabras, una fuerza sanadora, capaz de liberar a los demás de las ruinas de sus esperanzas perdidas, de sus actitudes abatidas y pensamientos sombríos; si nos proponemos militar entusiastamente en la dinámica de la bondad, contribuyendo a hacer habitable el desolado paisaje de agobios de quienes nos rodean y sangrar de diversos modos. Porque, como decía Orwell, “Lo importante no es mantenerse vivo sino mantenerse humano.”

Desde el reclamo que nos hace nuestra humanidad, y de nuestra condición de discípulas y discípulos de Jesús, en medio de la violencia creciente, sintámonos convocados a gestar un gran movimiento terapéutico, un levantamiento de la ternura, que contagie esperanza, confianza y cordiales vínculos de familiaridad social; una movilización que nos permita superar la paralización de nuestros temores, el dolor del desencuentro y la división, y las oscuras acechanzas de la incertidumbre. Con la íntima energía del bien que nos habita, hagámonos parte de un torrente de cordialidad fecunda que haga posible una nueva germinación, capaz de llenar de vida, aliento y concordia, los lugares que hoy se desangran por la violencia interpersonal, institucional y social. ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 30 de junio 2024